violentos de represión, no podríamos sin embargo, si las circunstancias nos constituyeran en el penoso deber de ello, dejar de hacer volver á la sombra de donde osan lanzar sus diatribas, á esos verdaderos enemigos de México.''

El Arzobispo contestó que no había tenido ni noticia de los escritos aludidos, y que no habiéndolos visto, le agradecería muchísimo le enviara un ejemplar.

Seguía una especie de refutación ó rectificación á las aserciones emitidas en contra del Clero Mexicano, y además, decía en uno de los párrafos de la dicha contestación, lo siguiente:

''Es un hecho probado y de notoriedad pública que todos nosotros hemos protestado contra esos dos individuos que tienen la pretensión de formar gobierno, y contra las circulares de 9 de Noviembre y 15 de Diciembre del año próximo pasado; declarando categóricamente que la Iglesia sufre hoy los mismos ataques que en tiempo del Gobierno de Juárez, en la plenitud de sus inmunidades y de sus derechos; que jamás se vió perseguida con tanto encarnizamiento; y según la posición en que se nos ha colocado, nos encontramos peor que en aquel tiempo.''

A su vez, los Obispos de León, de Tamaulipas y de Tulancingo, en nota dirigida á Almonte y Salas, decían haber sabido á su vuelta del destierro sufrido por haberse opuesto á la observancia de las impías y funestas Leyes de Reforma, que éstas habían sido declaradas vigentes por circular de 15 de Diciembre; y que como tal acto de reconocimiento estaba en abierta pugna con las alocuciones del Vicario de Jesucristo, con las enérgicas representaciones del Episcopado Mexicano, con la conciencia pública, y en suma, con la actitud marcadamente hostil del Clero Nacional, que había luchado en contra de ellas con tanto valor como perseverancia, se adherían con sumo placer á las protestas, circulares y disposiciones dirigidas durante los últimos años contra esa obra infame de los reformadores.

Las iras clericales hervían, y se manifestaban de manera audaz y terrible por medio de publicaciones clandestinas que sostenían serios y rudos ataques contra los jefes y la política de la expedición, y contenían, además, la declaración solemne de no reconocer en México la existencia de un Gobierno legítimo, puesto que con la eliminación de Labastida, la Regencia, de derecho ó sea legalmente, según el

criterio clerical, había dejado de existir, originando con ello un estado irregular y anómalo, que semejando una crisis era la expresión neta del caos y constituía la confusión completa que reinaba en las esferas administrativas, pues que faltando el apoyo único, el del partido conservador, al orden de cosas que se trataba de implantar, no había base nacional sobre que establecer el *futuro Imperio;* en cambio el Archiduque, que ya se creía Emperador de México, aprobó lo hecho por Almonte, ''evitando choques con la autoridad francesa y manteniendo el *statu quo* en la cuestión de bienes de la Iglesia.''

Los periódicos reaccionarios tenían que enmudecer ante aquellos golpes furibundos, pues uno de aquellos, el *Pájaro Verde*, que se atrevió á hacer una *tibia y moderada* defensa del Tribunal acabado de destituir, recibió la segunda advertencia para que guardara silencio; y en cambio de esa humillación y como digno castigo, habían de continuar prodigando elogios á la Intervención francesa, ''y que seguir inventando, según su costumbre, noticias y calumnias contra los defensores de la patria.''

El abate Domenech, á quien ya hemos citado en el curso de esta obra, decía que era sensible ver al primer Prelado de una nación de 8.000,000 de almas, comprometer la tranquilidad de su patria por una cuestión de dinero, tan contraria á los preceptos evangélicos; y el historiador Kératry aseguraba que la cuestión religiosa era el verdadero nudo de la cuestión política, que durante seis años había armado á los mexicanos unos contra otros.[1]

Por el vapor francés que procedente de Veracruz llegó á Saint-Nazaire el 11 de Diciembre de 63, supo Napoleón todo lo relativo al negocio ruidosísimo de los *pagarés*, y el 16 del mismo escribió á Almonte, diciéndole:

''No he contestado desde hace mucho tiempo á las cartas que me ha escrito Ud., porque, lo confieso, no he estado muy satisfecho de la marcha de los negocios de México, y preferiría que no le llegara á Ud. directamente la noticia de mi disgusto. Ciertamente, mientras mi ejército esté en México, *no permitiré que se establezca una reacción ciega*, que comprometería el porvenir de ese bello país y que deshonraría nuestra bandera á los ojos de Europa.....''

1 Kératry.—Elevación y caída del Emperador Maximiliano, pág. 34.

La anterior resolución vino á poner término, aunque aparentemente, al asunto: de su contexto se deduce que el soberano francés, á pesar de su notoria volubilidad é inconsecuencia, había dado el último golpe á las esperanzas que abrigaba el partido conservador, en el sentido de una reacción clerical que restituyera las cosas al estado que tenían antes de la Guerra de Reforma.

La época de los escándalos episcopales había pasado, y los principios conquistados por el partido liberal á costa de tantos sacrificios, quedaban victoriosos; y su inveterado enemigo, que había agotado en el combate hasta sus últimos recursos, tenía que resignarse á su destino y *qué aceptar* y *hasta que defender*, aunque fuera en apariencia, una situación que odiaba hasta lo íntimo de su alma. ¡Qué castigo tan merecido!

Y esa situación se emborrascaba para los conservadores, que desorientados y abatidos no sabían qué partido tomar, en vista de los últimos acontecimientos: hasta ignoraban si Maximiliano aceptaría el trono, única y última ilusión que los animaba y fortalecía, á lo menos por entonces, para continuar luchando en el encrespado mar de la política.

La Reforma nada tenía que temer; su triunfo era completo; pero quedaba para los buenos mexicanos la gravísima cuestión de la Independencia, cuya defensa estaba teniendo verificativo en toda la vasta extensión del territorio.

Juárez en San Luis, aunque luchando con poderosas y múltiples dificultades, aparecía de pie, empuñando la bandera nacional; y firme por sus convicciones y alentado por el prestigio y la fuerza que le daba la ley, base indestructible del derecho y la justicia, al fin había de triunfar de sus inveterados y eternos enemigos.

FIN DEL TOMO II.

APÉNDICE.